

De 10 a 12 años

La aurora boreal

Un cuento escrito por **TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA**
ilustrado por **SILVIA BAUTISTA**,
al que **CRISTINA VERBENA** ha puesto voz.





La aurora boreal

Gorka se acostumbró desde muy pequeño a que su madre lo acompañara a todas partes. Va con él a los cumpleaños, a las barracas, al parque, a las clases de acordeón y, por supuesto, a los partidos de fútbol del equipo infantil. Él es el portero, y muy bueno a decir del entrenador, quien en más de una ocasión ha insinuado que, de seguir así, en un par de años podría solicitar su entrada en los juveniles, aunque él no tiene intención de ser futbolista cuando sea mayor. Está bien para pasar un buen rato, le divierte tirarse en plancha para coger el balón, pero nada más. Tampoco le va mal en la escuela; saca buenas notas, a pesar de que las mates se le resisten un poco y le cuesta centrarse en problemas y números. Su profesor asegura que es un soñador, y es verdad.

Le encanta imaginar que puede volverse invisible, ver todo lo que ocurre a su alrededor sin que nadie se dé cuenta; que viaja a países lejanos, a la India, a China o a las cataratas de Iguazú, en Argentina, cuyas fotografías ha visto en una revista. O que descubre un tesoro oculto, o vuela en un globo enorme pintado de verde, que es su color favorito. Al principio imaginaba que tenía una capa de invisibilidad como la de Harry Potter, pero luego pensó que lo de la capa era una lata porque había que llevarla en la mochila a todas partes, así que se olvidó de ella y decidió volverse invisible siempre que le apeteciese. Por supuesto, no se lo ha dicho a nadie, ni siquiera a Iker, su mejor amigo, pues está seguro de que pensará que anda mal de la cabeza e irá a contárselo a los otros. Además, es su secreto. De esta forma, se vuelve invisible cada vez que algo le sale mal, o recibe una bronca por no poner más atención, o riñe con sus amigos, o simplemente le apetece escaparse al mundo de sus sueños, donde todo es perfecto, y a su gusto, en especial cuando vuelve a casa después de clase y su madre le abre la puerta con la merienda en una mano y el dedo índice de la otra sobre los labios. En dichas ocasiones sabe que no debe hacer ruido, merienda en silencio y se vuelve invisible.

Contempla a su padre sentado en el sillón con una almohadilla caliente en la espalda, los ojos cerrados, un gesto de dolor en la cara, y se pregunta por qué el suyo no es como los demás padres, que juegan al balón, hacen carreras, se montan en la barraca aquella que da vueltas a toda velocidad, luchan de mentirijillas o se hacen cosquillas. Algunas veces lo intenta, juega con él, pero luego está tan cansado y dolido que su madre se enfada con los dos. Por lo que él ha podido entender escuchando las conversaciones de los mayores, su padre tiene una enfermedad rara;

asegura que le duele el cuerpo, aunque no tiene ninguna herida, ni fiebre, ni esas cosas que tiene la gente cuando se pone enferma. Incluso, en una ocasión, oyó decir al tío Paco que tenía mucho cuento, que era un quejica y qué menuda birria de cuñado le había tocado en suerte. Él sabe que eso no es cierto, que su padre se lo pasa muy mal, aunque cada vez que alguno de sus amigos le pregunta por qué no lo acompaña al campo de fútbol o a las salidas al monte que organizan en el cole, responde que está muy ocupado con un trabajo importante. Han sido tantas las veces que lo ha dicho que está convencido de que sus compañeros ya no le creen.

Y mientras es invisible, allí sentado a su lado, Gorka imagina que es el mejor mago del mundo, capaz de curar a su padre con una pócima maravillosa o con una varita mágica. ¡Zas! Lo toca con la varita, aparece una luz muy brillante y se transforma en un hombre fuerte al que no le duele nada. Le gustaría ayudarle, aunque no sabe muy bien cómo, pero tiene que haber algo que él pueda hacer, además de sentarse a su lado y zamparse la merienda en silencio, o ver la tele juntos. Y decide compartir con él su gran secreto.

–¿Sabes? Tengo un secreto –le dice.

Su padre sonríe.

–Si es un secreto no me lo podrás contar...

–A ti sí, a ti solo.

Y le cuenta que puede hacerse invisible siempre que quiere, que al principio tenía que usar una capa de invisibilidad como la de Harry Potter, aunque hace tiempo que ya no la usa. Después probó cerrando los ojos pero, con la práctica, ahora no le hace falta ni eso. Sólo tiene que imaginar que es invisible, aunque a



veces ha de esforzarse para no desaparecer en plena clase de mates o de lengua, más que nada porque luego no se entera de los deberes y le cae una bronca.

–¿Quieres probar? –le pregunta.

–Creo que no sabré hacerlo –responde su padre y aprieta los labios porque acaba de sentir un dolor agudo en la espalda.

–Prueba, ¡porfa! Es cuestión de práctica. Mira vamos a intentarlo juntos ¿quieres?

–Vale, ¿y qué tengo que hacer?

Gorka se queda callado, ¡a él le resulta tan fácil! Claro, que ya está acostumbrado y no se acuerda muy bien cómo empezó, pero sí sabe que lo que mejor funciona es pensar en algo que le gusta. A su padre le encanta el mar; lo ha visto muchas veces sentado en la playa mientras él hace un castillo en la arena o, mejor, un agujero muy profundo para ver si consigue llegar a la otra punta del mundo. También le ha oído decir alguna vez que le encantaría navegar en un barco de vela. Él se montó una vez en una barca que iba de un lado a otro de la ría, y se mareó, pero está dispuesto a marearse de nuevo si su padre lo acompaña en el viaje, aunque éste tiene que ser uno muy especial. Corre a su cuarto y coge el atlas escolar en el que aparecen todos los países del mundo.

–Nosotros estamos aquí –señala en el mapa–. ¿Adónde te gustaría ir?

–No sé... ¿qué te parece aquí?

–¿Ahí? –pregunta Gorka extrañado mientras acerca la nariz al lugar que su padre marca con el dedo y luego lee–. Laponia... Noruega... ¿Por qué quieres ir a ese sitio?

–Siempre he pensado que me gustaría contemplar la aurora boreal.

–¿Y eso qué es?

–Pues... debe ser algo extraordinario. Ocurre desde el atardecer hasta el amanecer y el cielo se llena de colores, rojo, azul, verde, morado, amarillo..., pero está lejos, y hace mucho, mucho frío.

Y su padre busca en el ordenador imágenes de la aurora boreal, el “fuego del zorro”, como la llaman los lapones, pues dicen que son las chispas producidas por las colas de los zorros al golpear en la nieve. ¡Es increíble! ¡Parece de mentiras!

–¡Decidido! ¡Nos vamos a Lapona!

–Laponia...

–Laponia. Pero, si dices que hace tanto frío, tendremos que ponernos gorros y bufandas.

Gorka sale corriendo una vez más y regresa con dos gorros de lana, dos bufandas y dos pares de guantes, que ambos se ponen para no helarse en las frías tierras del norte de Europa; le dice a su padre que cierre los ojos y también los cierra él porque nunca ha ido en un barco grande y debe concentrarse.

Izan las velas, tiran de los cabos y los dos asidos al timón conducen su nave hacia alta mar y suben por el Golfo de Vizcaya. Las corrientes los arrastran y el viento sopla con tanta fuerza que, en algunos momentos, las velas parecen que van a echar a volar como las gaviotas, pero para entonces ya se han convertido en verdaderos lobos de mar. ¡Ni las corrientes ni el viento pueden con ellos! Pasan por delante de Normandía, se adentran en el Canal de la Mancha y casi se pierden en el Mar del Norte. Por fin divisan tierra y saben que es Noruega porque toda la costa



está bordeada de fiordos, allí donde el mar se adentra por entre numerosos acantilados, pero continúan hacia arriba. Cuanto más arriba lleguen, más cerca estarán de su meta.

Han dejado el barco y caminan por la nieve. Todo allí es nieve. Menos mal que han sido previsores y han llevado unos esquíes con ellos. No tienen esquíes en su casa, ni tampoco saben esquiar, pero no importa. Pueden hacer lo que quieran porque son invisibles. El último tramo del camino lo hacen en un trineo tirado por perros que parecen lobos y que los llevan justo hasta uno de los lugares desde donde mejor se ve la aurora boreal: el Cabo Norte. Les ha costado un gran esfuerzo llegar hasta allí, pero ha merecido la pena. ¡Nunca han visto un cielo tan repleto de estrellas! No hay farolas, ni luz eléctrica y las estrellas se ven con claridad, miles, millones, ¡cientos de millones! Al principio no pasa nada pero, poco a poco, va formándose un arco con los mismos colores que los del arco-iris, aunque muchísimo más brillantes, que se dobla, se alarga, forma ondas, rizos, rayos de luz que tiemblan... La noche se vuelve roja como si un gigante hubiese encendido una hoguera enorme, luego verde como los campos en primavera, amarilla como los trigales, lila y rosa como un jardín lleno de flores, azul como el mar. Parecen los fuegos artificiales que disparan durante las fiestas, pero no, no hay comparación porque los fuegos duran unos instantes y la aurora boreal toda la noche.

–¡Es increíble! –exclama Gorka.

–Cierto que lo es –dice su padre.

–¿Se puede saber qué hacéis con gorros y bufandas dentro de casa y con el calor que hace?



La madre acaba de entrar y los contempla asombrada. Ellos se miran y se echan a reír, y ella también se ríe al verlos tan contentos.

–¿Lo repetiremos? –pregunta Gorka.

–¡Claro! –exclama su padre– ¡Lo he pasado genial!

–¿Estás bien? –le pregunta la madre, algo preocupada.

–Sí, querida, muy bien. ¡Hacía tiempo que no me sentía tan bien!

–¿Qué habéis estado haciendo?

–Es un secreto...

Gorka sonríe, feliz, porque ha conseguido que, durante un rato, su padre se olvide de esos dolores que le hacen sufrir y, sobre todo, porque por fin ha encontrado una actividad para compartir con él, ¡la mejor de todas! Soñar juntos.